

# Cuento chino

**C**amino de Xián me detuve en una aldea para aliviarme la sed y provisionarme de frutas que me permitieran no volver a detenerme. Era mediodía y el sol esgrimía en el aire sus alfileres calcinantes con la saña de un enemigo impío. Me entré en la primera taberna del poblado y me asistió la única persona que me encontraba en su interior, fomentándose un poco de brisa con un abanico de proporciones gigantescas. Solicité agua y el anciano que se refugiaba tras el mostrador me dijo que lo mejor para eliminar la sed era el kanji. Ignoraba ese brebaje, pero como estaba recorriendo China para apilar datos y coleccionar detalles que enriquecieran mis reportajes, obedecí ciegamente la sugerencia y me hice servir un vaso de kanji. La orina del demonio no puede resultar tan repulsiva como aquel líquido trasparente que bajó por mi garganta como un tren en llamas que explotó en mi hígado. Efectivamente la sed desapareció, a cambio de lo cual tuve que sentarme para no perder la conciencia. Por unos segundos la vista se me averió, y sólo recuerdo haber visto al viejo tabernero sirviéndome otro vaso del brebaje, acompañando la acción con unas palabras que venían a informarme que el segundo disparo del veneno producía mejores efectos que el primero. Ni que decir tiene que esa afirmación quedó de momento por lo que a mi respecta, aunque sólo de momento, sin prueba que la avalara. Cuando me repuse exigí un buen tarro de agua, no para matar una sed cuyo cadáver ya se había descompuesto, sino simplemente para despejar mi boca de la llama que la seguía calentando. El agua disolvió algo el sabor del kanji, pero mi lengua siguió durante un buen rato tan anestesiada como si la hubiera pisoteado un pelotón de militares.

Pedí indicaciones al anciano acerca de la situación del mercado, y el anciano me informó que todas las calles desembocaban en el reinto donde

a aquella hora se congregaba todo el pueblo. Evidentemente que su taberna padeciera el desasosiego del vacío, impelía al tabernero a guardarle rencor al mercado. Le rogué que cuidara de mis bártulos y el anciano sonrió por toda respuesta. Prometí volver en menos de una hora.

La muchedumbre atestaba en efecto el mercado. Sin embargo no producía el estruendo propio de las muchedumbres. Hablaba en susurros. Levantaba un leve rumor que contradecía el número de asistentes. Me puse a buscar los puestos de frutas y en uno de ellos dilapidé casi todo lo que llevaba. El resto de mi capital lo había desapercibido en un cinturón que viajaba en un bolsillo interior de una de las carteras que custodiaba el anciano. De repente sentí desconfianza hacia él. Iba a apresurarme a regresar a la taberna cuando unos gritos sobrecogedores se impusieron al rumor de la muchedumbre. Los gritos procedían de la zona donde se comerciaban las telas y los vestidos. Lo que más me sorprendió en aquellos momentos era que el rumor de la muchedumbre no se apagara, como debería haber sucedido, para luego elevarse con más fuerza como síntoma de la inquietud nacida ante los gritos aquellos. Siguió en el mismo tono, como si aquellos gritos no hubieran sido escuchados por ninguno de los componentes de la multitud, como si a nadie afectarían. Y sin embargo, los gritos continuaron. Yo los oía acercándose hacia donde yo estaba, sin distinguir aún qué proclamaban, aunque determinando ya que los arrojaba una mujer. Poco a poco pude ir distinguiendo alguna de las palabras que emergían de su garganta rota. Imploraba que la mataran. Estaba pidiendo que alguien la favoreciera hincándole un puñal. Exigía clemencia a los vecinos. Cadavérica de aspecto, sucia, con la ropa rebajada a harapos, descalza. Se clavaba las uñas en los pechos y se arañaba la cara mientras avanzaba pidiendo que la matasen. De vez en vez se detenía ante algún vecino, lo llamaba por su nombre y le rogaba que fuera él el que la librara de su condena. Vino hacia mí y me llamó extranjero. Nunca he visto un gesto que sintetice con tal exactitud lo que entiendo por horror. El tipo que se encontraba a mi lado me ordenó: no le haga caso. Pero yo no pude apartar mis ojos de los suyos: en su fondo vi un abismo de pánico y soledad en el que se había abolido el tiempo. Comprendí que su condena era eterna, y que nadie estaba capacitado para vulnerar la eternidad terrible que le aguardaba. La mujer siguió corriendo, clamando a los cielos que le cediera un poco de compasión, nombrando a sus vecinos, dejando sus huellas en las calles de aquella aldea de fantasmas que continuaron realizando sus compras, mercadeando frutas y telas, como si nada hubiera sucedido. Cuando los gritos de la mujer fueron apagados por la distancia, recuperé el aliento y regresé hacia la taberna, demudado el rostro por la impresión, tembloroso el pulso. Ahora sí que me procuraría un kanji que me sosegase.

El tabernero me preguntó:

— ¿Ha visto a Sui Yan? Seguro que la ha visto. Si no no necesitaría kanji para soportarlo.

— ¿Quién es? —quise saber después de zaherirme el estómago con aquel veneno calcinante.

— Es una historia muy larga y muy trágica.

— Estupendo. Colecciono historias y hace demasiada calor como para reemprender la marcha.

— Pues entonces sirvámonos más kanji.

Y sirvió más kanji antes de contarme la historia de Sui Yan.

— Como debe saber, extranjero, se nos prohibió hace años concebir más de un hijo por matrimonio, con lo cual hemos acabado prescindiendo de la palabra hermano, pues todos los niños que nacen en China son ya hijos únicos. Esto lleva aparejado diversos problemas que afectan a la propia supervivencia de una familia. Aquí vivimos del campo, y por lo tanto necesitamos mano de obra para recaudar lo suficiente como para cumplir con lo que nos exige el gobierno. Necesitamos hijos, y necesitamos sobre todo varones. Toda la tragedia que usted ha presenciado tiene que ver con esto, no crea que estoy mareándole y extraviándome en aledaños con tal de hacer visible mi protesta para que usted la copie y la reproduzca allá donde vaya a hablar de nosotros. Toda la tragedia de esa mujer tiene que ver con esto que le cuento.

El anciano hizo una pausa, tragó su kanji y se volvió a servir. Yo me sentía intrigado porque no vislumbraba qué relación podía haber entre el exordio que acababa de oír y la mujer derrotada que había visto atravesar el mercado ante la indiferencia absoluta de los vecinos, para los que se había convertido en una costumbre, una mera costumbre que habían digerido y aceptado, que por lo tanto habían anulado sometiéndola al más insobornable de los desdenes.

El anciano prosiguió:

— Cuando un matrimonio concibe a una hija, el cielo se vuelca sobre su futuro, porque su porvenir pelagra. De ahí que toda hembra que da a luz a un varón se dice que está bendita. Sui Yan no fue bendecida. Concibió una hija, una hija preciosa que no satisfizo los deseos de sus padres. El marido de Sui Yan, Tai Li, después de reflexionarlo durante semanas, le propuso a su esposa matar al bebé para darse la oportunidad de concebir en un segundo embarazo al hijo deseado que les garantizara el futuro. Las hembras no garantizan el futuro, ya sabe. Se casan, se contraen en matrimonio, y se van. Cambian de padres. Las cosas son así, extranjero, son así.

Sentía arrugas en el cielo de mi boca, como efecto del kanji que me asolaba. Aún así solicité un poco más, y el anciano vertió de nuevo veneno en mi vaso.

— Llevaron a cabo el asesinato. La arrojaron de cabeza, desde la cama hasta el suelo, y a la criatura se le abrió el cráneo como una pera. Un accidente, ya se sabe. Suele ocurrir. Han muerto miles de niñas recién nacidas en China de forma similar. Si algo nos falta aquí, por lo que se ve, es eso, difuntos. Cuantos más muertos haya mejor para todos los demás. No peligrará nuestra supervivencia. Somos demasiados y sobramos muchos. Los ancianos deberíamos ser un poco más patriotas y deberíamos arrebatarnos la existencia por propia voluntad. Un gesto de generosidad que pocos tienen. De esa manera los matrimonios jóvenes no precisarían deshacerse de sus criaturas recién nacidas cuando éstas son niñas. Dentro de 20 años los varones multiplicarán a las hembras. Es un augurio. Ya verá. Puede decirlo tal como lo digo yo. Es un augurio que no fallará.

Poco a poco se me iba diezmando la visión. El kanji me hacía ingresar lentamente en un sopor grato que colgaba pequeñas piedras invisibles de mis párpados obligándome a hacer un esfuerzo para que no se me cayeran. Intenté reducir los efectos del veneno con un poco de agua, pero sirvió de poco. Las pausas con que el anciano salpicaba su relato ayudaban a que se acentuara mi ataraxia.

— Sui Yan y Tai Li no esperaron un solo mes para producir la nueva criatura. Esta vez tenía que ser niño, por fuerza, no podían ser castigados por lo que habían hecho, el destino no podía depararles tal condena. Pero el destino también se equivoca, y de nuevo les infligió una hembra. Tai Li llegó a pensar en suicidarse. Se pasaba las horas ahí, donde está usted, empapándose de kanji, y el kanji es leal y honorable cuando le muestras respeto, pero cuando se lo pierdes se convierte en la peor de las serpientes, se te enrosca en la garganta y te inyecta su veneno consiguiendo que ya no puedas prescindir de él. Yo trataba de no suministrarle todo el kanji que me pedía, pero cuando un hombre cava día tras día su propia fosa, cuando con sus propias manos decide abrir un agujero en el tiempo donde encerrarse, uno no puede hacer nada, le fallan las convicciones, se siente impotente para declarar sus errores, porque quiénes somos nosotros para declarar como errores lo que tal vez no sea sino única salida.

Yo intentaba imaginarme a aquel hombre ocupando el mismo lugar en el que yo me encontraba. Intentaba dibujar su rostro recreando al anciano tabernero, haciéndolo más joven. Tal vez fuera como él. Tal vez fuera su propio hijo y por eso conocía con tanto detalle la historia. Tal vez fuera él mismo, avejentado en unos pocos años, convertido en un anciano que había olvidado incluso quién había sido.

— Matar a la segunda criatura ya sería excesivo. La justicia le reclamaría explicaciones que no sería capaz de dar. Se hundiría en la miseria y su

mujer quedaría atrapada como cómplice del asesinato. Así que optó por una segunda salida, también peligrosa, pero al menos legal. Pagar la excesiva, inalcanzable multa que se les impone a quienes se atraven a concebir un segundo hijo. Cuando una hembra está embarazada por segunda vez puede optar por abortar a costa del Gobierno, o concebir a la criatura, después de lo cual se la operará para que no vuelva a tener hijos cuando se levante la veda y se recupere la palabra hermano (dicen que para dentro de diez o quince años se permitirá un segundo hijo sin multas, ya veremos). Tai Li hizo cuentas y resolvió que merecía la pena arriesgarse, someterse a la justicia y satisfacer la multa que se les impone a quienes conciben un segundo hijo y mantienen viva la palabra hermano. Yo tenía dos hermanos. Murieron ya. Cada uno tuvo tres hijos. Yo no tuve hijos. Sólo una hija que se marchó hace ya mucho tiempo. Se casó con un hombre que le prohíbe venir a visitarme. Su madre, mi mujer, se murió de cansancio o de tristeza, no sé. Lo último que me dijo fue: si hubiéramos tenido un hijo. Sí. Si hubiéramos tenido un hijo... pero ya sabe, el destino. Sencillamente el destino.

Durante meses ahorró Tai Li. Trabajaba día y noche, apenas gastaban nada. La niña padeció hambre, sacrificada de esa manera a la urgente necesidad del hermano. Cuando reunieron el dinero suficiente para pagar la multa que les impondría en cuanto se denunciara el embarazo, decidieron retar otra vez al destino y fabricarse una esperanza. Habían pasado cuatro años desde el nacimiento de la niña. Una niña escuchimizada, que apenas si podía mantenerse en pie dada la escasa alimentación con la que la cuidaban. Tai Li me contaba, en aquellos meses, que si nacía otra hembra se mataría después de matar a su mujer y a las dos niñas. Pero no hizo falta. Por fin nació el crío deseado. Un niño precioso que llamarían Sing Pei, aunque él nunca llegaría a saber el nombre que habían elegido para él. Es curioso, verdad, nadie sabe su nombre hasta que no lo oyen en boca de otro.

Ya había adelantado algo del carácter trágico de la historia. Así que el niño murió pronto, pero ¿fue esa muerte la que provocó la locura de la mujer que había visto, medio desnuda, implorando que le hicieran el favor de matarla? El tabernero escupió al suelo y continuó:

— Cuando nació el niño, Tai Li, ufano de haberse salido con la suya, haber retado al Gobierno y haber vencido a pesar del alto coste que esa victoria le había producido, no supo aguantarse su alegría y tomó al bebé, lo desnudó y salió a las calles de la aldea mostrándolo a todos. De su mano caminaba la pequeña, que lo observaba todo con aquellos ojos a punto de salirse de las órbitas. Tai Li llevaba al recién nacido con un solo brazo, y con la barbilla señalaba el sexo del recién nacido y decía a